

**DESDE EL  
INFIERNO  
URBANO**



**RODRIGO J. DIAS**

**DESDE EL  
INFIERNO  
URBANO**

**M**eridión

Días, Rodrigo Javier

Desde el infierno urbano / Rodrigo Javier Días. — 1a ed.  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Alfredo Germán Spano, 2021.  
208 p.; 22 x 14 cm. — (Bitácora. 02; 2)

ISBN 978-987-88-1471-1

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título.  
CDD A863

---

*Diseño de tapa e interior.* Agustín Artese  
*Corrección.* Catalina Ruiz  
*Editor responsable.* Alfredo Germán Spano

\* \* \*

© Meridión  
www.revistameridion.com  
Buenos Aires – Argentina

© Rodrigo Javier Días

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN · 978-987-88-1471-1  
Primera edición · Septiembre de 2021  
Impreso en Argentina.  
Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

## ÍNDICE

Prólogo · <i>Marcela Indiana Fernández</i>	11
Una aproximación al infierno de las ciudades	17
El hastío	23
Calor (isla de calor)	41
El eterno retorno	55
Protestas	67
Los rostros de la falsedad	83
Uniendo los espacios en blanco	107
Al oeste del Edén	125
Alguna vez nos dio el sol de frente	149
A donde vayan, yo iré	173
Calle Tomada (algunos meses después)	191



*A Lucila,  
por seguir estando ahí mientras me pierdo largos  
días detrás de un monitor,*

*A mis viejos,  
por ser los primeros lectores y correctores de cada una  
de las cosas que escribo,*

*y a David Harvey, Doreen Massey, Milton Santos,  
Saskia Sassen, Edward Soja, Georg Simmel y tantos  
otros más, por darme las herramientas suficientes  
para comprender aquello tan atractivo como  
peligroso que resultan ser los espacios urbanos.*





## PRÓLOGO

Como geógrafa y lectora apasionada, celebro la publicación de la primera novela de Rodrigo Dias, por la intensidad y el compromiso ético que envuelven a sus relatos y también porque es poco frecuente que especialistas, profesionales e investigadores se corran de la escritura académica y se aventuren en géneros literarios. Quizás nos estamos perdiendo buenos escritores entre informes de investigación, planificaciones áulicas, jornadas, encuentros, capacitaciones y un largo etcétera.

El libro refleja una mirada específica sobre los claroscuros de los territorios urbanos en la que se reconocen algunos trazos de la filiación disciplinar de su autor. En sus propias palabras, presenta «...*una serie de miradas con una leve carga teórica, de experiencias ficcionales pero fácilmente aplicables a la vida cotidiana de ciudad, que tanto nos mal acostumbra a la vez que nos seduce para evitar pensar en otras alternativas*».

Las narraciones —diez relatos breves—, refieren a lo urbano, a la ciudad, a algunas ciudades en par-

ticular y a la ciudad metropolitana de Buenos Aires, su territorio biográfico. En un registro coloquial y dialogado presenta «*escenas*» de la vida cotidiana que podrían tener lugar en múltiples «*recortes territoriales*» de esta abrumadora inmensidad de miles de km<sup>2</sup> y varios millones de habitantes. La referencia a *El Aleph* de Borges, en relación con la complejidad, heterogeneidad y multiescalaridad de la espacialidad metropolitana es evidente, y un guiño para los colegas disciplinares.

La escritura despojada, cuestionadora y la actitud contenida del autor en relación con los protagonistas de sus cuentos y las situaciones que transitan, impactan en el lector dejando espacio para la introspección y aun forzándola, porque más allá de los contenidos, en este trabajo Rodrigo Dias nos invita a una reflexión profunda, sin toma de posiciones ni enjuiciamientos, sobre cómo vivimos lo urbano, sobre sus laberintos y trampas, sobre los dolores y alegrías que nos atraviesan como residentes, así como también nos convoca a considerar aspectos oscuros y valora- bles de la condición humana.

El relato *Uniendo los espacios en blanco* rescata experiencias personales sobre los aprendizajes y los vínculos de afecto establecidos entre compañeros estudiantes y graduados en torno a prácticas académicas —trabajo de campo experiencial de observación y registro— propuestas por un querido profesor —Roberto Damín—, docente de la institución donde cursó su Profesorado en Geografía. Es un reconocimiento sentido a las marcas dejadas, en varias generaciones de profesores, por un «*formador de formadores*» que siempre contagió entusiasmo, responsabilidad y valores a sus estudiantes, respetando sus intereses, potencialidades y limitaciones.

## PRÓLOGO

¿Los artefactos urbanos producidos por las sociedades son considerados por el autor desde una perspectiva negativa, como «*un infierno urbano*»? No lo entendemos así, la lectura de *Desde el infierno urbano* nos propone una perspectiva «*realista*», descarnada, en algún sentido «*existencialista*» de lo urbano, pero rescatando valores esenciales de los seres humanos que «*nos salvan*» y que podrían mejorar nuestros vínculos y nuestras vidas en ciudades pequeñas, en ciudades intermedias y en los interminables territorios metropolitanos.

*Prof. Marcela Indiana Fernández*



*Lunes otra vez, sobre la ciudad.  
La gente que ves vive en soledad.  
Sobre el bosque gris veo morir al sol,  
que mañana sobre la avenida nacerá.  
Viejas en la esquina mendigan su pan,  
en las oficinas muerte en sociedad.  
Todos ciegos hoy sin saber mirar,  
la espantosa risa de la pálida ciudad.*

“Lunes otra vez”  
Sui Generis



## UNA APROXIMACIÓN AL INFIERNO DE LAS CIUDADES

¿Qué es lo que nos lleva a los seres humanos, animales pensantes, parlantes y presuntamente racionales, a tener semejante fetiche con la vida en la ciudad? ¿Qué es lo que le vemos de atractivo a una mole de cemento que nos encierra y nos contamina de todas las formas posibles sin que nosotros podamos hacer más que aceptar vivir dentro de ella como si fuera la única alternativa? ¿Cómo es posible justificar que, a pesar de todo el desgaste cotidiano, el malhumor y esa sensación de aburrimiento continuo, las personas buscan, quieren y desean formar parte del entramado urbano? ¿Qué hace que incluso aquellos que no han sido consumidos por la lógica citadina, busquen con locura lanzarse hacia los brazos de esa mancha atemorizante que cada vez se extiende más sobre la superficie de la tierra? Los números no dan lugar a especulaciones: el incremento de la población que reside en zonas urbanas, así como también la cantidad de ciudades que se han convertido en millonarias —en lo que a población respecta— no para de crecer. Las urbes

crecen, se expanden, se vinculan; se interconectan, se disputan insulsos reconocimientos regionales, y se globalizan. La mayor parte de sus habitantes nace, crece, se hacina, trabaja y muere en una vorágine de la que no pueden ni quieren escapar.

El paso del tiempo y los avances tecnológicos no han derivado en una resolución óptima de las problemáticas que se vislumbraban hace algunos siglos: contaminación, superpoblación, inseguridad, son sólo algunas de las cuestiones que han quedado al margen de su desarrollo. Partiendo desde lo identificado por Engels en su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra* hasta las alternativas que en *Ciudades Rebeldes* propone Harvey, los cuestionamientos sobre las urbanizaciones no han dejado de replicarse. Entonces, ¿cómo puede ser que esa afinidad por las ciudades no haga más que potenciarse, aún desde lo más recóndito de las zonas rurales de cualquier país del planeta?

Puede haber para ello múltiples respuestas. No es sencillo de explicar, ni tampoco se puede caer en un reduccionismo lo suficientemente ingenuo para creer que apenas un trabajo, una casa, una identidad, un recuerdo o una innata atracción por las facilidades que esas urbes brindan sean motivo válido. Más allá de lo teórico, a lo largo de la historia de la humanidad —porque, reitero, esto no es tema nuevo— se han dibujado diversas líneas que tienden tanto a alabar a las ciudades como a denigrarlas. Música, poesía, fotografía, narrativa y toda expresión artística de los seres humanos no es ajena tampoco a este fenómeno: todas han sabido retratar adecuadamente las inconveniencias de las urbes, contribuyendo con su aporte a constituir imaginarios que convierten a nuestros lugares de residencia en sitios quizás más imaginados que experimentables.



Este trabajo busca contribuir a ello: una serie de miradas con una leve carga teórica, de experiencias ficcionales pero fácilmente aplicables a la vida cotidiana de ciudad, que tanto nos mal acostumbra a la vez que nos seduce para evitar pensar en otras alternativas. A través de los micro relatos que componen este libro quizá usted, lector, pueda reconocerse en ellos, pueda identificar un sustrato teórico que le da sostén a los relatos, o simplemente pueda detenerse a reflexionar, a pensar y abrir nuevas líneas de problematización sobre lo que a diario nos envuelve.

La ciudad es, para muchos, el ámbito indiscutible del devenir de las relaciones sociales. Sin embargo, dentro de estos recortes territoriales hay temas, hay cuestiones que quedan al margen, ocultas, aún incluso en las urbes más desarrolladas. Cuestiones oscuras y marginales, pero que se constituyen en el sedimento que rellena los espacios intersticiales del entramado social urbano. En este sentido, el título de este libro alude directamente a la obra maestra de Alan Moore, *From Hell*, cómic publicado durante los años noventa, en el cual el autor británico elaboró una válida teoría sobre los asesinatos de quien es hoy conocido como *Jack el Destripador*, jamás identificado, en la Londres de finales del siglo XIX. Aquí —vale aclarar— no hay ningún criminal reincidente de la época victoriana, pero sí todo el resto.

Esa ominosa frase, esa infernal alocución, manifiesta la realidad de cualquiera que experimente la vida de ciudad: un mecanismo de relojería comandado por el capital, a partir del cual tiempos, espacios y cuerpos, políticas, políticos e instituciones se organizan y desorganizan, se mezclan, confrontan y resurgen en pos de un único objetivo, la ganancia. Por detrás de este objetivo, la competencia, la violencia,

la traición, el desinterés, el individualismo negativo, la desidia y la maldad en su sentido más puro se convierten en el aceite, en la grasa que lubrica a la maquinaria urbana y que disimula cualquier imperfección o defección de alguno de sus engranajes. *Desde el infierno* es más que una metafórica procedencia. Es intentar entender que, dentro de una ciudad, existe mucho más que la «turistificación» o el «embellecimiento selectivo»; es poner en evidencia que las ciudades están colapsando, arrastrando consigo a sus habitantes. Es el grito de ayuda de una sociedad que se consume entre asfalto y hormigón.

*Yo vivo en una ciudad, donde la gente aún usa gomina,  
donde la gente se va a la oficina sin un minuto de más.  
Yo vivo en una ciudad, donde la prisa del diario trajín,  
parece un film de Carlitos Chaplin aunque sin comicidad.*

“Yo vivo en una ciudad”  
Miguel Cantilo



## EL HASTÍO

El aire del recinto se había convertido en poco menos que un caldo insalubre de sudores y olores varios. El rayo de sol que se colaba por la hendidura de la única y pequeña ventana que hacía las veces de vínculo con el allá afuera, con esa realidad separada de la nuestra por menos de cincuenta centímetros de hormigón reforzado, dejaba ver a contraluz incontables partículas de polvo, una mugre incalculable que circulaba tanto en el ambiente como por nuestro sistema respiratorio. Tenemos grandes equipos de aire acondicionado, está bien. No sufrimos los insoportables treinta y cinco grados de sensación térmica con los que la calle recibe a aquellos osados que deciden recorrerlas.

A cambio de esa frescura artificial y un sueldo que apenas resiste hasta el segundo tercio del mes, entregamos ocho horas quince minutos exactos de nuestra existencia reclusos en cubículos de aglomerado, grises, mustios, coronados con un micrófono de auriculares que nos consagra como los reyes sin reino, los portadores de la palabra, del etéreo contacto entre el

cliente y la empresa. La sala donde trabajamos, un recinto de unos quince metros cuadrados, acoge a veinte empleados por turno, tres turnos al día: los «*mañaneros*», los «*sin vida*» —como se autodenominan los del turno tarde—, y los «*invertidos*», los del turno noche. He pasado por ambos grupos hasta llegar a convertirme en un *mañanero*, no es algo de qué vanagloriarse pero al menos me garantiza llevar una vida ordenada. Si es que algo así existiera.

Una alarma se dispara en el monitor de mi computadora. Con un lacónico mensaje, mi superior me indica que llevo más de dos minutos sin atender llamado alguno. Esa misma alerta se refleja en las pantallas que se sitúan al frente de todos nosotros: una, un televisor común de 42 pulgadas, nos muestra nuestros apellidos, la cantidad de llamados y consultas web respondidas y el tiempo transcurrido desde nuestra última acción. En el otro televisor, el más controversial, se proyecta un innecesario ranking de los empleados del turno basado en inexplicables e intangibles indicadores que resumen nuestro ser entre una y diez estrellas. Los televisores, en esta especie de pequeño templo generador de capital, vendrían a cumplir la función del altar. Allí, tiempo es igual a eficiencia y eficiencia equivale a dinero. Y dinero equivale a, bueno, no lo sé con seguridad porque la mayor parte de lo generado no me llega ni a mí ni a mis compañeros.

Mi apellido resalta delante de un encuadre rojo intermitente, con el cronómetro que ahora aumenta su tipo de letra al llegar a los dos minutos y medio. Miro hacia el cristal de la izquierda, detrás del que se esconden los supervisores del turno —nos hacen creer que hay tres pero jamás hemos visto ni escuchado a más de uno por vez—, me tomo el atrevimiento

de pararme dentro de mi puesto de trabajo y abro los brazos con las palmas extendidas hacia arriba.

—Fernández, no puede pararse sin aviso previo —se escucha a través del intercomunicador.

Vuelvo a sentarme. Creo que hasta mi perro podría entender que, si no hay llamados, no tengo a quién atender. No recuerdo bien, pero mi supervisor tenía cara de tener algo más que un *pedigree*. Esta empresa de telefonía, cuando entré hace ya veinte meses, solía ser un gigante a nivel nacional. Trabajábamos en otra oficina, a unas cuadras de aquí, mucho más amplia. Los equipos de cada turno estaban mucho más poblados, al menos sesenta cubículos ocupados continuamente en responder inquietudes o gestionar nuevos clientes. Un discurso estudiado de memoria, un carácter especial para escuchar quejas e insultos mal dirigidos y, sobre todo, la incesante necesidad de atender. Todo se resumía a ello. Los tiempos cambiaron, todos lo saben, y, de sesenta, un día nos convertimos en cincuenta. Al otro mes en cuarenta, y en menos de veinte días eso se redujo a lo que somos hoy, acompañado del traslado hacia un sitio más pequeño y más barato. Ajustes, que le llaman.

Los veinte que quedamos somos los que siempre estuvimos en las primeras posiciones del monitor. Siempre están Domínguez, Peralta, Rodríguez, Pezra y Alcaraz. También Chávez. Los otros no me acuerdo. No es que sean mis amigos, vale aclarar. A la mayoría de ellos no los conozco más que por algún saludo ocasional. Aquí dentro se convierten en los peores enemigos: de seis a quince, de lunes a lunes —salvo los francos rotativos— este recinto se convierte en algo similar a una manada de leonas que buscan cazar con éxito una y otra vez durante su turno. Ni hace falta aclarar quién vendría a ser la presa.

—Fernández, ya son tres minutos y medio —se repite la voz.

Me retiro de mis pensamientos. Después del cuarto click izquierdo del mouse, prácticamente inservible por el uso, abro el directorio de clientes. Elijo uno al azar y le doy click al marcado.

—Buenos días, nos estamos comunicando de la empres...

Me corta. Es lo habitual. Nuestros clientes agradecen tener el servicio, pero no quieren más que eso. O, si lo quieren, lo piden. Voy al segundo.

—Buenos días, nos estamos comunicando de...

—Por qué no te vas un poco a la mierda, querido. Me tienen re podrido con las llamadas. Andá a cagar, flaco.

Corta. No importa. Mi apellido dejó de estar en rojo y sumé dos llamados más. Elijo un tercero.

—Buenos días, nos estamos...

—Estoy en una reunión. Estoy trabajando, no te puedo atender, disculpá.

Corta. Quizás el señor López, Leandro, cliente número 0578492, piensa que me como un tercio del día intentando hablar con desconocidos porque es mi pasatiempo favorito. Titila mi monitor, llamada entrante. No llego a clickearlo porque Peralta, el empleado número uno, clickeó antes que yo. Se para en su cubículo y se asoma al mío, tapando el micrófono con su mano derecha.

—Eso te pasa por andar pelotudeando. Es el segundo del día que te cago —me dice. Le devuelvo por toda respuesta un dedo medio bien extendido y modulo con suavidad cinco palabras inaudibles pero legibles para cualquiera antes que vuelva a sus tareas: «la concha de tu hermana».

Así llega siempre al número uno. No convence a casi nadie, habla muy poco y no insiste. Si el cliente



no le da respuesta, busca la salida fácil. Si el cliente es quien llama, trata de clickear todas las llamadas porque sabe que son «gestiones». Lo hace todos los días, y a cada uno que le «roba» un llamado lo gasta. Se ve que fue siempre así de pelotudo, o al menos se fue perfeccionando con los años, y lo hace bastante bien. Elijo un cuarto apellido y clickeo.

—Buenos días.

—Buenos días, cómo le va.

—Lo estamos llamando de...

—Ya sé de donde me están llamando. Ya les dije, no quiero seguros, no quiero packs de datos, no quiero clubes de socios, no quiero beneficios, no quiero una mierda de ustedes. ¿Sabés lo que quiero, pibe? Que no me rompan más los huevos, al menos por esta semana. Diez veces me llamaron de este número. Dejame anotado ahí en tu listita: Gustavo Marconi, cuarenta y nueve años, soltero, hinchado las pelotas por ustedes. Cuando quiera algo, los llamo. O, mejor dicho, sí quiero algo, unos cuantos palos verdes para no tener que laburar más como negro, cosa que jamás en tu vida habrás hecho. ¡Chau, morite!

Falsa alarma. Por una fracción de segundo pensé que quizás podía. Otra alarma de llamada, otro robo de Peralta rematado por una risa y un escueto «te cabió, bobo» a su compañero de la derecha. Creo que Chávez. En realidad no me importa, son todos iguales. Pero lo que sí me importa es levantar ese promedio que figura en el monitor principal. No puedo dejar que me pase lo mismo que el mes pasado, que no cobré el plus por objetivos. Duro fin de mes tuve. Quedan cinco días y me falta concretar unas veinte gestiones. Ojalá ofrezcan horas extras o que algún pibe de los otros turnos se enferme, porque necesito la guita.

—Fernández, o levanta algún llamado o le empiezo a descontar minutos del descanso —grita mi supervisor, muy valiente detrás del vidrio opaco. Pero es una buena idea. Estoy saturado de puteadas y de las pelotudeces de mis compañeros, podría aprovechar para descansar.

—Supervisor, hago uso de mis cuarenta y cinco minutos de descanso, a partir de ahora.

Clickeo el botón de «*break*» del monitor, dejo los auriculares sobre el teclado y me levanto. Prefiero el calor de la calle. Al pararme por segunda vez percibo el tradicional olor que impregna el recinto cuando promedia la jornada. Básicamente, olor a culo. Debo tener la nariz insensibilizada porque la primera impresión es nauseabunda. Apoyo el rectángulo plástico blanco sobre el lector y salgo a respirar el calor del exterior.

—Señor, se olvida esto —me dice el guardia de seguridad alcanzándome la tarjeta que había dejado sobre el lector.

—Gracias, señor —le digo. No puedo entender cómo este pequeño recorte de plástico reciclado le da a algunas personas la sensación de sentirse superiores a otros. Van por la calle con su plastiquito colgando, van a comprar con eso, llegan a su casa con eso, como si fuera un carnet de afiliación a un club selecto, o algo. Nadie se percata de que no es más que un mecanismo para identificarte, para controlarte y para no dejarte pasar el día que no tengan más ganas de ver tu cara de imbécil necesitado de trabajo cruzar por el hall de entrada de SU empresa. Pero bueno, convengamos que la sociedad está dominada por falsos estándares también.

La calle está, efectivamente, incendiada. Mi celular marca unos agradables treinta y seis grados de sensación térmica, cada vez un poco más alto. Hay

pronóstico de treinta y ocho para las tres de la tarde, justo el momento en que emprendo el regreso a casa. Ideal. El tiempo corre. Voy al pequeño bar de la esquina para aprovechar el descanso y meterle algo a mi estómago. La plata no alcanza para mucho, así que el desayuno en mi casa consiste en un par de mates antes de salir. Lo habitual es un buen sándwich de pollo, fresquito, especialidad de la casa, y una botella de agua. De ser posible, de pomelo.

Abro la puerta del bar y en la fila de la caja está Pereyra. O Rodríguez, no recuerdo. Me da lo mismo, son dos números más dentro del trabajo y afuera, dos gordos impresentables con calvicie prematura —ninguno debe pasar los veinticinco años— con los que no tengo la más mínima gana de entablar relación.

—Buen día señor, qué va a llevar —me dice la empleada cuando me ve revisando la heladera de los sándwiches. Apenas la escucho, porque el horrendo reggaetón que tienen de fondo impide escuchar gran parte de las conversaciones. Si no fuera por el aire acondicionado y los precios accesibles, no entraría nadie acá. En pleno centro porteño, este bar es una especie de híbrido entre los antiguos cafetines y los aggiornados puestos de comida al paso. De los cafetines guarda toda la estructura, unos insalubres azulejos amarillos en sus paredes y unas cuantas capas de pintura blanca en el techo que intentaron cubrir las manchas de humedad pero murieron en el intento. De moderno, la música, las heladeras y el personal que atiende, estimo que apenas superan la mayoría de edad. Siempre están los mismos, todos los días, todo el día. No sé cómo se define eso, si explotación, usura o «*inserción laboral para los jóvenes*», como los tecnócratas contemporáneos se esfuerzan en bautizar. Tampoco es algo que me interese, si al fin y al

cabo lo mismo deben pensar sobre mí. O peor, ya que estoy llegando a los treinta y cinco años y todavía sigo en estos trabajos comúnmente considerados como para los jóvenes. Qué se yo.

—¿Señor?

—Sí, perdón. Lo mismo de siempre, un pomelo de seiscientos y un sándwich de pollo, pero no veo ninguno en esta heladera.

—No, de pollo no quedaron más. Los últimos dos se los llevó el señor —me dice, señalando con la vista a Pereyra, efectivamente Pereyra. El gordo levanta una mano invitándome a sentarse en su mesa. El segundo sándwich está todavía envuelto, arriba de la mesa.

—Está bien, es lo mismo. Dame ese sándwich de milanesa que hambre tengo igual —le digo. En la caja me doy cuenta de que el precio ya no es el mismo de ayer. Se ve que la chica se da cuenta de mi sorpresa por algún gesto de rechazo que debo haber hecho.

—Ayer a la noche aumentó todo. Hay que cobrar a fin de mes, o al menos eso nos dicen los dueños, porque nosotras seguimos cobrando lo mismo que siempre —cierra la chica con un gesto que podría interpretarse tanto por una sonrisa como por una indescriptible resignación.

—No te preocupes que no sos la única en pasar por eso, eh —le respondo. El total, de todas formas, sigue estando algunas monedas por encima de los ciento sesenta pesos. Le doy en mano ciento setenta y me voy a la mesa, sin darle tiempo a que busque cambio. No sé si lo necesita más que yo, tampoco es tanta guita, pero al menos algo que la saque unos segundos del tedio.

—Vení, flaco, sentate —me repite Pereyra mientras ve con claridad que voy hacia su mesa. Tiene la mano izquierda y la boca regadas con mayonesa. No sé si es

por la cantidad de aderezo que le tiró al sándwich o porque tiene algún tipo de dislexia motriz severa. Sobre su mesa yacen por lo menos cuatro servilletas de papel repletas de mayonesa y migas, aportándole al caso Pereyra una nueva pista para investigar.

—Acá no porque está ocupado —me dice. Lo miro sin entender y me siento en la silla restante. A través de las ventanas veo un incesante desfile de personas y de automóviles, fugaces escenas cotidianas del horario laboral en esta parte de la ciudad. Veredas angostas, calles con dos carriles, bocinazos, insultos y calor. La gente camina cabizbaja, varios de ellos sumergidos en las pantallas de sus celulares, otros tantos vaya uno a saber en qué.

—¿Vas a comer algo? Mirá que el tiempo corre, flaco —me despierta Pereyra. Tiene razón. Le quito el envoltorio al sándwich, presunta garantía de frescura, y sin mediar condimento alguno le doy un buen mordisco. Es rico, recién hecho. Me reclino sobre la silla y destapo el pomelo. Media botella desaparece de un único trago, y vuelve a asomar —solo su esencia— en un efímero eructo que hábilmente oculto con la palma de mi mano.

—Llegaste, hermano —dice Pereyra. Por el hueco de la puerta se asoma Peralta, quien viene directo a sentarse a la mesa. —Pensé que no ibas a venir.

—¡Cómo no voy a venir papá, sabiendo que me espera el pollito! Pasámelo que tengo hambre.

Bien. Peralta no solo le vuelve la vida imposible a sus compañeros, sino que la misma metodología la aplica al resto de su existencia, pienso.

—¿Qué hacés, Fernández? ¿Cómo te tiene el supervisor, eh? —me dice. Intento sonreír ante su comentario. Sigo masticando el sándwich y me dedico a asentir con la cabeza cuando ellos hablan. No logro

entender cómo alguien puede entablar una charla, mucho menos un vínculo, por más liviano que sea, con una persona como él. Todo en su personalidad indica su deshonestidad, sus risas, sus comentarios, sus actitudes. Se levanta de su silla con un movimiento ágil y agarra un billete de diez pesos que estaba prolijamente doblado debajo del vaso de la mesa de al lado, aún sin limpiar.

—Para la sube —dice, y se festeja a sí mismo con una sonrisa.

—Es la propina para la piba —le contesto. —Dejala ahí, déjate de joder.

—Pero si a ellas ya les pagan por laburar, ¿de qué propina me hablás, flaco? —aporta Pereyra. Me doy cuenta de la situación. El enfrentamiento cuenta con un ejército de dos pelotudos frente a otro más pelotudo todavía, por ser honesto. Me superan en número.

—Hagan lo que quieran. Por mí, vayan y roben la caja directamente.

—¿Estaría bueno, no? Una vez a la semana, aunque sea, nos turnamos. Y tenemos un bonito extra al mes, de esos que vos no cobrás por andar pelotudeando allá adentro.

Me tomo los segundos suficientes para no mandarlo a la mierda. Trato de entender que probablemente haya crecido en una familia así, donde el gaste y el ventajeo eran el modelo a seguir. O quizás no, quizás su familia sea como la mía, que se ganó el mango —y también lo perdió— laburando honestamente, y que este pibe sea solo un desvío. Pero a la vez también pienso en mí. Debería empezar a darme cuenta de que soy un poco estúpido, creo que sí.

—Aparte, ¿cuántos años tenés ya? A esta altura deberías ser gerente, al menos el supervisor. ¿O no, gordo? Limpiate la boca antes de hablar, gor-

do, que si no vas a regarnos la cara con migas untadas de mayonesa.

—La verdad es que si yo llego a tu edad laburando acá, me corto las bolas —aporta Pereyra. Todo el mundo habla de vos ahí adentro, flaco. Casi dos años laburando, doble turno, triple turno, horas extras, vivís ahí casi. La gente te escucha, recriminándote en tu cubículo por lo que hacés y lo que no hacés, que podés dar más todavía, que querés más guita... isos una máquina de exigirte cosas, tenés que parar un poco!

—Claro, flaco, escúchalo a Pereyra —agrega Peralta. Miralo a él; labura sus nueve horas menos el franco, hace horas extras cuando son obligatorias y después ya está, idisfruta lo que le queda del día! Vos sabés bien que ahora, después de la última limpieza que hizo la empresa, quedaron los mejores... ¿vos te pensás que se van a dar el lujo de perder a sus principales recursos?

—¿Vos te pensás que el día que se les cante echarte no te van a echar, pibe? No sos un socio accionario acá, sos un orejón más dentro de un tarro que cada día se hace más chico. Nadie es imprescindible hoy. Siempre va a estar el que quiera hacer tu trabajo por igual o menos sueldo, parece que no supieras.

—Ahí está, ya te salió el paranoico de adentro.

—No, Pereyra, no es paranoia. Es leer un poco, es ver lo que te pasa por al lado. ¿O no te das cuenta?

—Me parece que exagerás un poco. ¿Cuántas oficinas de atención telefónica tiene esta empresa hoy en Argentina? ¡Una sola, papá! Y ¿vos creés que la van a dejar que se caiga contratando a pibes nuevos que no tienen idea de qué hacer?

—No sé si lo creo o no. Lo que te digo es que el día que les sea necesario echar a todos, o directamen-

te cerrar las puertas e irse a otro lado, no sé, algún país donde puedan explotar a los pibes peor que a nosotros, lo van a hacer. Y por más que vos, Pereyra, o vos Peralta, levanten la mano y les digan «yo hice setecientas mil gestiones en cinco meses», lo van a hacer igual, porque les chupa un huevo. A mí la plata no me sobra, si no hago por lo menos veinte horas extras al mes no me alcanza para pagar todo y comer. Y todos los meses siempre surge algo que por más bonos y horas que haga, me hace gastar guita extra y el resultado es lo mismo: los últimos días antes de cobrar vivo a mate y bizcochitos. Por eso es que hago lo que hago, porque cada vez vivir, al menos para mí, es más caro.

—Bueno, pero tampoco lo veas tan así, descontracturate un poco, papá —me dice Peralta.

—El que lo ve así soy yo, porque me pasa así. Si vos vivís con tus viejos y este laburo lo tenés para salir de joda, allá vos. Es más, haceme un favor sabés, terminá de comer y no me rompas más las pelotas.

—Epa, me parece que te excediste un poquito flaco —aporta Pereyra.

—Coman; dale que faltan cinco minutos y tenemos que ir saliendo —les digo. La música de mierda esa parece que no se terminara más. Qué lindo sería que le explotara el parlante, así al menos se puede hablar sin andar gritando acá adentro. La chica limpia la mesa contigua y levanta plato y vaso mirando extrañada. Es probable que haya visto al cliente dejando propina y ahora no la encuentra. Nos mira a nosotros pero no dice nada. Meto la mano en la billetera y saco un billete de diez pesos, el último que me queda.

—Tomá, te doy la propina que estaba ahí. El pelotudo este se divierte sacando los billetes de otras



mesas y no se hace cargo. Fijate la próxima vez que entre, antes de atenderlo levantá las propinas porque sino te caga.

La chica, María, según el plastiquito que tiene abrochado al uniforme, nos mira con odio. Agarra el billete de diez pesos y con un mínimo movimiento de labios me agradece. Se da vuelta y apura el paso para volver al mostrador. Ya hay dos clientes con cara de enojo que necesitan ser atendidos.

—¿Te pensás que sos gracioso por decir así, flaco? —me dice Pereyra. Lo ignoro. Miro el reloj y faltan siete minutos para tomar posición otra vez en el cubículo. Uno para caminar, otro para entrar, cinco de gracia. No puedo darme el lujo de que me descuenten minutos de trabajo. Apuro la botella con el último trago, me guardo la tapita amarilla en el bolsillo y me levanto.

—Vení, Fernández, no te enojés con los pibes —me dice Peralta. Cinco minutos no te van a cambiar la vida, quedate que ya nos vamos todos. Entrá tarde alguna vez, rebelate un poquito.

Los miro a los dos y sin quitarles la mirada agarro el envoltorio del sándwich, la servilleta y la botella que usé y las tiro al tacho. Ellos se levantan y Pereyra hace lo mismo. Peralta todavía tiene medio sándwich en la mano, y la gaseosa en el bolsillo.

—Dale, Fernández, vamos —dice Peralta. No sea cosa que te reten de vuelta papá, dale. Les sostengo la puerta para que pasen y después la cierro con cuidado. Las veredas del centro porteño son bastante angostas. Pereyra y Peralta van codo a codo delante mío, yo les sigo el paso.

—¿Al final viste lo que pasó, no? —me dice Peralta. Ya no sé qué más puede salir de esa boca hoy. No le respondo y dejo que continúe hablando. —No llegás a

fin de mes, laburás doble turno y aun así vivís a bizcochitos, te cagan a pedos, tus compañeros te bardean, vos solo también te bardeás —agrega, mientras termina de un solo bocado el pedazo de sándwich restante.

—Cortala, flaco —le dice Pereyra.

—Pará, pará que ya termino —le interrumpe. — Sos un viejo choto que está pudriéndose en un laburo de pibes, nadie te atiende un llamado, todos te putean y yo, yo que para vos soy un pendejo boludo, solamente hoy te hice caber un par de llamadas, te hice perder diez pesos de esos que tanto atesorás y encima, encima de todo, te cagué el sándwich.

—Flaco, cortala en serio —le dice Pereyra. La cara de Peralta, que camina de espaldas para mirarme, está desencajada. Disfruta todas y cada una de las cosas que me suelta sin importarles el efecto que puedan causar. No sé cómo se llama eso que está haciendo. Los ojos abiertos, las venas del cuello hinchadas. Está más excitado él, que busca y rebusca en su cabeza distintas formas de descargar su odio, probablemente su frustración reprimida también, en la cara de otro al que lo percibe más débil, que quien debe soportar su psicopatía.

—No sabés qué rico estaba el sándwich —me dice, mientras gesticula con manos y boca imitando a alguien que acaba de darse una panzada. —¿Y ahora sabés qué, Fernández? Voy a ir a hablar con el supervisor para pedirle que me dé por lo que queda del mes toda hora extra o cobertura que se abra. No lo necesito, pero lo voy a hacer, ¿sabés por qué? Solamente para cagarte a vos, Fernández, sólo por eso —remata, mientras con su mano derecha me palmea el hombro y sonrío. Huelo la grasa de la mayonesa que quedó sin limpiar entre sus dedos. Creo que entiendo mi desagrado porque toma el hombro de mi chomba con esa misma mano y lo retuerce, usando

la tela como una servilleta improvisada. Pereyra, desentendido, sigue caminando hacia la oficina. Peralta continúa con su descarga de odio: —¿siendo el empleado número uno, sabés qué? ¡Me van a dar todo lo que les pida, olvídate de esas monedas extra a fin de mes, Fernández!

Miro un segundo más el rostro desencajado de mi compañero, veo ese brazo extendido y mi cerebro, dormido hasta entonces, me da el cálculo exacto.

Le aprieto la muñeca derecha con mi mano izquierda, y en una fracción de segundo lo agarro por la chomba con mi mano derecha en el pecho, haciéndolo retroceder medio paso, medio metro apenas, hasta poner sus talones en el cordón de la pequeñísima vereda. Un empujón imperceptible para cualquier observador. Al perder el equilibrio, Peralta se inclina brevemente hacia atrás, en el ángulo exacto para que un sesenta y cuatro cargado de pasajeros que pisaba el empedrado a poco menos de sesenta kilómetros por hora le golpee la cabeza. El efecto es inmediato. Veo como primero sus ojos se convierten en globos rojos, llenos de sangre, y luego como su cabeza se dobla en un ángulo clínicamente inadecuado. El crujido de los huesos se opaca casi en simultáneo con los frenos del colectivo primero, mientras el cuerpo sin vida de Peralta cae sobre mí y yo a la vez caigo sobre mis espaldas. Un chorro de sangre que sale de la boca destrozada de Peralta me baña la chomba. La siento cálida y con un extraño sabor dulzón a la vez, idéntica a la mayonesa. El dolor de mi espalda comienza a perderse con los gritos de los pasajeros que ven cómo alguien —que sería yo— intentó salvar inútilmente a una persona que cruzó sin mirar. O al menos eso decía la sección policiales de los principales portales de internet al día siguiente.

No existen cámaras de seguridad en esa cuadra que hayan captado la secuencia, lo aprendí cuando me robaron el celular en ese mismo trayecto, unos meses antes. Clickeé el botón de «*break*», me saqué los auriculares y me tomé el tiempo suficiente para leerlos, mientras esperaba iniciar el segundo turno.